

MARI JUNG STEDT

En el lado oscuro
de la luna

Traducción:

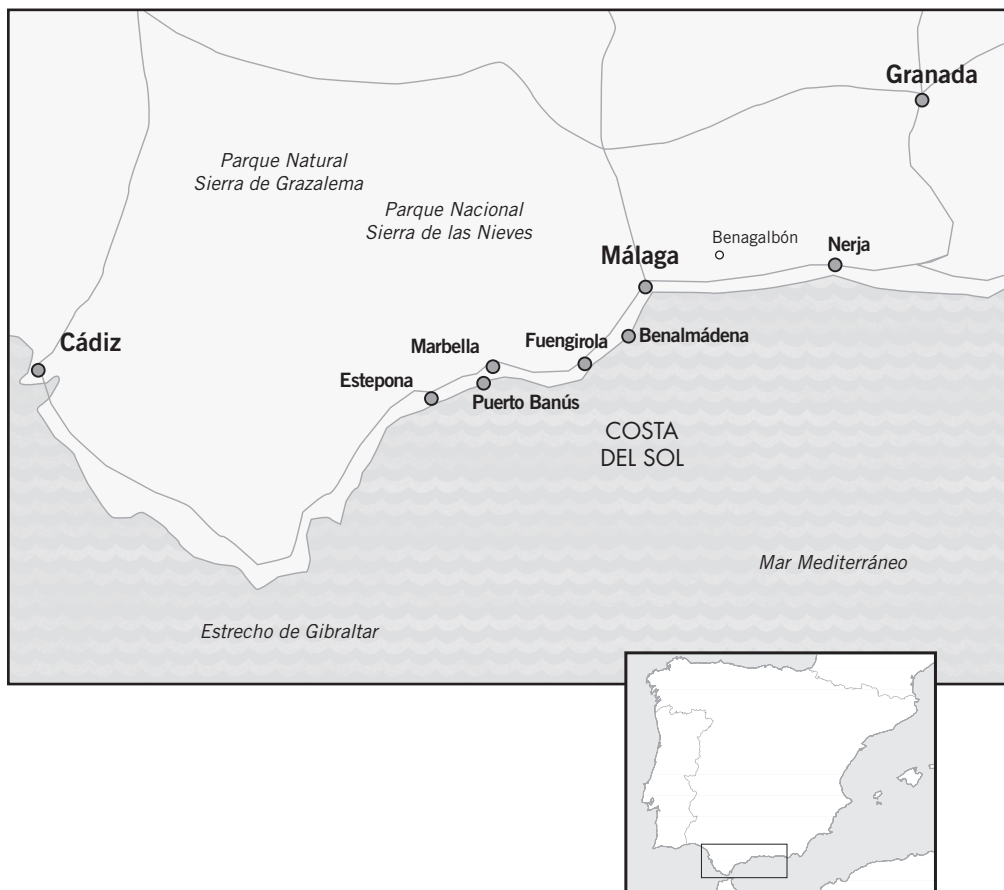
CARMEN MONTES CANO



MAEVA | NOIR

Para Thomas

Los escenarios de la novela



MÁLAGA



Plaza de la Merced
Museo del Flamenco

Bodega-bar El Pimpi
La Alcazaba

El Limonar

Playa de la Malagueta

El Palo

Cinema Los Reyes

Puerto

Mar Mediterráneo

Prólogo

ESTOCOLMO SE HALLABA envuelta en una bruma difusa, como si hubieran extendido sobre la ciudad una cubierta hermética. Todos los colores habían palidecido, el ritmo se había ralentizado. La metrópolis, por lo general tan palpitante, había perdido fuelle. Todo signo de vida, todo movimiento, todo aquello que antes indicaba actividad y energía, parecía haberse detenido. Los habitantes de la ciudad marchaban por las aceras como robots de rostro inexpresivo y vacío, pasaban de largo a toda prisa por delante de los comercios, los restaurantes, los bares y los cafés del barrio de Hornstull.

La gente iba encogida por el frío, evitaba mirarse a los ojos, sin ánimo para detenerse y, en el peor de los casos, verse obligada a conversar un rato si tenía la mala suerte de cruzarse con un conocido. Incluso los perros caminaban pegados a las fachadas de color gris sucio y hacían sus necesidades deprisa antes de poner de nuevo rumbo a la luz y el calor del hogar, para volver al portal a toda prisa.

Estaban por debajo de los cero grados y la lluvia de las últimas semanas se había convertido en granizo. Los duros cristales de hielo mezclado con nieve que dañaban los ojos y arañaban las mejillas se convertían en sucia aguanieve en cuanto tocaban el reluciente asfalto empapado de humedad. Ya se estaba poniendo el sol, a pesar de que no eran más que las tres de la tarde.

Hanna dio el primer paso para encaramarse al puente de Västerbron. A sus pies se extendía la isla de Långholmen, con el estrecho de Pårsundet, donde tantas veces había hecho prácticas en canoa

mientras admiraba las hermosas embarcaciones de caoba que se alineaban una tras otra en el canal. Al oeste continuaba el lago Mälaren, que se extendía hasta el horizonte. En una ocasión, su madre y ella hicieron una travesía en barco hasta el palacio de Drottningholm. Hanna recordaba cómo levantó la vista hacia el puente cuando pasaron por debajo de los imponentes pilares que lo sostenían. Jamás había visto nada tan alto. Dejó a su espalda el barrio de Södermalm; al otro lado de la bahía se encontraba el de Kungsholmen, con sus suntuosos edificios a lo largo de toda la orilla. Ahora estaban semiocultos tras la humedad gris de la bruma. Tanto mejor. No tenía el menor interés en ver nada. No quería que nada le recordara que había una vida más allá. Todo estaba a punto de terminarse, y lo único que experimentaba al pensar en ello era un sentimiento de liberación.

A esa hora el puente estaba casi vacío, alguna que otra persona circulaba en bicicleta por la otra acera, pero ningún peatón. El viento soplaba más fresco a medida que Hanna iba subiendo. Por fin llegó a la cima del arco abovedado. Los coches pasaban de largo sin cesar, pues allí el tráfico no se detenía nunca.

Lanzó una última ojeada a ambos lados. Nada. Nadie se acercaba. Entonces se aferró a la barandilla. Estaba alta, pero ella era fuerte y ágil. Con una mano se agarró a una señal de tráfico. El metal se le clavó en la palma cuando se impulsó para pasar la pierna por encima. En un segundo ya estaba al otro lado, donde solo había un estrecho borde sobre el que apoyarse. Y allí mismo, a sus pies, las profundidades.

Una ráfaga de viento se apoderó de su chaqueta hasta el punto de que perdió el equilibrio por un instante, pero se agarró fuerte a la baranda. Ya había oscurecido y solo podía intuir que el agua se hallaba allá abajo. ¿Qué altura habría? ¿Veinticinco, treinta metros? De pronto, con repentina intensidad, la duda la asaltó y la embargó de pies a cabeza.

¿De verdad quería morir de ese modo? ¿De verdad quería morir?

El agua se extendía negra y helada, el resplandor de las farolas centelleaba en la superficie. Miró a su alrededor. Seguía sin ver a nadie.

Ahora casi deseaba que viniera alguien, que alguien, daba igual quién, la detuviera. Ahora que se encontraba allí de verdad, a un milímetro de la muerte, sintió miedo. El lugar en el que se encontraba estaba resbaladizo y le costaba mantener firmes los pies. Deslizó la mirada por la fachada de los edificios de Norr Mälarstrand. Había luz en las ventanas. Allí dentro, al calor, había gente que vivía en hogares acogedores, rodeada de sus seres queridos. La vida seguía su curso. Y ahí estaba ella, en el borde alto y aterrador del puente de Västerbron. Con el viento que hacía, no sería capaz de mantenerse agarrada mucho más tiempo. El granizo caía con más fuerza y le azotaba el rostro. El frío y la humedad le atravesaban la ropa: estaba calada hasta los huesos.

Tiritaba de pies a cabeza y las piernas empezaron a temblarle de pronto sin control. Ya se le habían dormido los brazos. Los coches pasaban zumbando uno tras otro, pero ninguno parecía reparar en ella. Miró con desesperación el camino peatonal que estaba al otro lado de la barandilla. No quería. Deseaba dar marcha atrás. Pero ¿cómo?

Se le encogió el estómago al contemplar las aguas oscuras y, justo cuando iba a darse la vuelta para pasar de nuevo al otro lado, al lado seguro, vino una ráfaga de viento más fuerte aún que la anterior. Primero resbaló. Luego se le soltó una mano ya gélida de la barandilla; luego, la otra. Dejó escapar un grito. Un escalofrío le atravesó el cuerpo como un rayo.

*Ya no podía elegir. Allá abajo, el agua. La oscuridad. Un jadeo.
Y Hanna cayó.*

DÍA 1

Viernes, 31 de diciembre

EN CUANTO SALIERON de la terminal del aeropuerto sintieron el azote del aire helador. Laura entornó los ojos ante el fuerte sol invernal. A pesar de que Ulrik la había prevenido diciéndole que se abrigara todo lo posible, ella no había logrado imaginarse cómo sería el frío. Ahora se alegraba de haber caído en la tentación de comprarse en el aeropuerto de Arlanda una larga bufanda de lana. Se la enrolló alrededor de la cara, cubriéndose la nariz y la boca, de modo que solo los ojos quedaron al descubierto. Los termómetros indicaban diecinueve grados bajo cero. Casi cuarenta grados de diferencia con respecto a Málaga, de donde habían salido aquella misma mañana.

Le dio la mano a Ulrik y los dos caminaron lo más rápido posible hacia el aparcamiento de larga estancia del aeropuerto de Örnköldsvik. Ulrik la había invitado a su casa de Suecia, que se encontraba en el campo, en una zona que llamaban Costa Alta.

Una vez junto al coche, comprobaron que solo se podía ver el contorno bajo una gruesa capa de nieve. Ulrik limpió como pudo el Land Rover, antes de abrir las puertas con esfuerzo. Laura se dejó caer agradecida en el asiento del copiloto.

—Madre mía, ¿cómo aguanta la gente este frío? Lo de vivir tan al norte no puede estar pensado para los seres humanos. ¿Hay osos polares?

Ulrik sonrió con indulgencia.

—No, nada de osos polares, pero sí hay osos pardos en el bosque, así que más vale que tengas cuidado.

Extendió los brazos como si fuera a agarrarla y soltó un alarido aterrador.

—Pues de eso no me habías dicho nada —respondió ella riendo—. Yo solo he oído hablar de nieve reluciente, sauna y champán.

—Sí, sí —le dijo Ulrik con un guiño—. Tendrás que ser paciente. Vamos a parar a comprar antes de seguir hacia Docksta. Una vez en la granja, no habrá rastro de tiendas, solo tú y yo en una zona desierta.

Ulrik alargó la mano y le dio un cariñoso apretón en la rodilla. A Laura le encantaba su compañía, era un chico alegre y de trato fácil. Auténtico, por así decirlo. Fiable, muy distinto de los hombres que había conocido hasta ahora.

Lo único que le preocupaba era que parecía apesadumbrado, como si hubiera algo que lo reconcomiera. A veces era como si se perdiera en sus pensamientos, como si estuviera ausente. Laura suponía que tendría que ver con el divorcio. O quizá con el hecho de no poder tener consigo a sus hijos con más frecuencia. Se preguntaba a qué se debía, si habría alguna razón concreta. No había querido presionarlo preguntándole, le parecía demasiado pronto.

Se habían conocido en un bar de Marbella unos meses atrás, y a ella le gustó desde el primer momento. Ulrik destacaba entre los españoles en medio del establecimiento a rebosar: alto, rubio y con unos ojos de un azul intenso. Tenía en la cara un punto de ternura que le atrajo enseguida. Llevaba vaqueros y una camiseta, un estilo sencillo y relajado. Le sonrió a Laura con cierta timidez y le preguntó si quería tomar algo, y así empezaron a charlar. La conversación fluía entre ellos.

Después de aquella primera noche siguieron viéndose. Ella vivía en Fuengirola, y Ulrik, en Nerja, dos localidades turísticas

de la Costa del Sol. Había un trecho entre una y otra. Nerja se encontraba a cincuenta kilómetros al este de Málaga, y Fuengirola estaba al otro lado de la ciudad, a treinta kilómetros al oeste del centro. Por lo general, se veían en casa de él. «Mejor así», pensaba Laura. Allí ella no conocía a nadie. A nadie que pudiera llegar y entrometerse.

El apartamento de Ulrik se encontraba sobre una pequeña playa, con unas espectaculares vistas al mar. Solía servirle el desayuno en la terraza, y Laura no había comido jamás unas tortillas más ricas que las suyas.

Poco a poco, empezó a soñar con un futuro común. Cierto que él era algo mayor y ya tenía dos hijos adolescentes, pero a ella no le importaba. Estaba deseando conocer a los chicos. Por lo general vivían con su madre, en la casa que la familia tenía a orillas del mar, no muy lejos de la granja de Ulrik.

Laura iba mirando por la ventanilla del coche. Era como un paisaje de cuento. A ambos lados de la carretera se extendía un bosque de abetos, vencidos por el peso de la nieve. De vez en cuando pasaban ante una cabaña de madera pintada de rojo en cuyas ventanas brillaba cálida la luz. Una mujer con un anorak largo y un gorro de piel venía por el arcén en un medio de transporte que Laura no había visto jamás. Parecía una silla de madera que se deslizaba sobre largas guías de acero.

En un campo cubierto de nieve trotaban a grandes zancadas un par de alces. Laura se sorprendió de lo grandes que eran aquellos magníficos animales. Tenían las patas muy largas, y la cabeza con una forma peculiar y de gran tamaño. Los animales cruzaron el lindero del bosque y desaparecieron.

Ya había empezado a oscurecer. Aquí y allá había montículos de nieve que flanqueaban la carretera.

Laura se volvió hacia Ulrik y se quedó mirándolo de perfil. Alargó el brazo y le acarició la nuca. Cuando él se volvió hacia ella con una sonrisa, sintió un escalofrío.

Sentía que aquello era el principio de algo nuevo.

LISA ESTABA SENTADA en la terraza contemplando el montañoso paisaje, los caballos en el cercado del valle y la carretera que se alejaba serpenteando entre las colinas cubiertas de verdor. La casa a la que se había mudado hacía apenas un año se encontraba a las afueras del pueblecito de Benagalbón. Aunque la localidad se encontraba a tan solo unos veinte kilómetros de Málaga, la ciudad se sentía lejana. Cuando empezó a buscar una vivienda para comprar después del divorcio, aquella casa le encantó enseguida. Tenía una sola planta, con un porche al que se accedía desde la cocina. Fuera había una escalera de caracol que conducía a una azotea, con unas vistas increíbles a las montañas, las casitas blancas que salpicaban las colinas verdes y, de fondo, el mar azul cobalto.

La casa era espaciosa y de techos altos, pero necesitaba una buena reforma. Las paredes tenían la pintura desconchada, las tuberías estaban oxidadas, la salida de humo de la chimenea se había resquebrajado y había que cambiar la cocina entera.

Eso sí, se encontraba en un lugar tranquilo al final de la callejuela, a un tiro de piedra del corazón del pueblo. El canto de un gallo se oyó cruzando el valle, a pesar de que ya era más de mediodía. El sol brillaba, y hacía calor para aquella época del año. Lisa no tenía frío, aunque solo llevaba una falda de algodón, una camiseta y una chaqueta fina. Se apartó un rizo de la cara. Llevaba la larga melena rubia recogida en un moño y, por una vez,

se había pintado los labios y se había puesto un toque de sombra de ojos y rímel. En honor a aquel día, el último del año. Y se alegraba de que ese año hubiera llegado a su fin. A partir de ahora, trataría de mirar al futuro en lugar de pensar en el pasado. Aunque era difícil.

Aún se le antojaba irreal el hecho de estar viviendo allí de verdad, de que aquel fuera su nuevo hogar.

Benagalbón era un pueblo tranquilo, no muy alejado de las localidades costeras donde las playas de arena se sucedían unas a otras camino de la gran ciudad de Málaga. Allí arriba, en las montañas, el turismo de masas resultaba un fenómeno lejano. Algún que otro turista pasaba por el pueblo, pero lo que más se oía hablar por las calles era español.

El pueblo apenas contaba con mil habitantes y tenía una iglesia, un colegio, una panadería, varios comercios y restaurantes, pero poco más. Las casas se sucedían unas a otras a lo largo de las calles empedradas, y en las aceras había maceteros con flores. Muchas fachadas lucían platos de cerámica y retratos de la Virgen, y la decoración navideña adornaba todos los rincones.

Podría haber sido lo más idílico y agradable del mundo, de no ser por la tristeza que la afligía. Apenas había transcurrido un año desde que recibió la noticia que echó por tierra su vida entera de un golpe único y brutal. Su marido y compañero le contó un día al llegar a casa que se había enamorado de una de sus alumnas. Y que quería separarse.

Aquello pilló a Lisa por sorpresa. Axel llevaba seis meses viajando a Londres todas las semanas por exigencias de su cargo como profesor universitario, cierto, pero pasaban juntos los fines de semana y ella pensaba que su relación iba bien. Después de todos aquellos años, seguía enamorada de él. Pero Axel se mostró inamovible y ella no pudo hacer nada. Solo quedaba ocuparse de los aspectos prácticos. Y entonces todo fue muy rápido.

En tan solo unas semanas, vendieron la casa familiar de Enskede en la que tantos años habían pasado juntos y en la que habían crecido sus hijos. Lisa se despidió de su puesto de profesora de instituto y se mudó a la Costa del Sol. Hizo realidad un sueño y se compró una casa en el idílico pueblo de Benagalbón.

A aquellas alturas, su exmarido había llegado a prometerse con su novia británica, y a Lisa no le extrañaría que el día menos pensado la joven se quedara embarazada. Era evidente que Axel pensaba empezar de nuevo. Como si la historia de ellos dos no significara nada.

Lisa suspiró con amargura y tomó un trago de vino de la copa que tenía en la mesa de plástico blanca, al lado de un plato de aceitunas, cacahuetes, pepinillos y unas rodajas de salchichón. Eran las cuatro y todavía no tenía ningún plan para Fin de Año. La única amiga de verdad que tenía en España, Annie, su amiga de la infancia, pasaba Navidad y Fin de Año con unos amigos en Gran Canaria. Las demás personas a las que había conocido eran relaciones superficiales y, puesto que no la habían invitado a ninguna fiesta, no quería ir a molestar a ningún sitio.

Había una persona a la que sí habría podido preguntarle. El policía español Héctor Correa.

Recordó su figura: alto, en vaqueros y camisa con un pañuelo en el cuello, el pelo entrecano, ondulado y abundante, y una barba bien cuidada. Tenía una cara atractiva, con un ojo castaño y otro verde.

Se habían conocido en un curso de flamenco en el casco antiguo de Málaga y empezaron a hablar. Resultó que Héctor se había quedado viudo cinco años atrás, y era inspector de Homicidios en la Policía de Málaga. Justo cuando acababan de conocerse, se produjo en la ciudad de Ronda un asesinato en cuya investigación se vieron involucrados varios suecos, y Héctor le pidió a Lisa que se encargara de hacer la interpretación durante los interrogatorios. La colaboración salió bien y, a partir de entonces,

empezaron a hacerle encargos de interpretación de vez en cuando, además de que los dos siguieron yendo a bailar flamenco. Y eso era todo.

A veces Lisa tenía la impresión de que había surgido una tensión entre ambos, pero un segundo después desaparecía por completo. Héctor era interesante, pero ella se preguntaba si había superado la muerte de su mujer. Parecía que le costaba olvidar a Carmen, y quizá no estuviera preparado para seguir adelante. Tal vez ella tampoco. Tenía el corazón destrozado y necesitaba tiempo para sanar. Treinta años de amor no se borran así como así.

Se llevó a la boca un par de aceitunas y contempló el valle. De pronto, sonó el teléfono.

—Hola, mamá, feliz Año Nuevo —oyó que decía su hija Olivia.

Parecía sin resuello. Se oían voces y risas de fondo.

—Feliz Año Nuevo. ¿Cómo lo estáis pasando?

—De maravilla —respondió Olivia entusiasmada—. Hemos estado todo el día esquizando, hay un montón de nieve y no hace demasiado frío. Incluso ha salido el sol.

—Vaya, estupendo —dijo Lisa con un punto de envidia y de añoranza en el pecho.

Sus hijos habían pasado con ella el día de Navidad, pero el Año Nuevo lo celebraban con su padre. Se encontraban en Åre, con Axel y Elaine, que tenía la misma edad que Olivia: veintinueve años.

A Lisa le encantaba esquiar. Recordaba cuando iban todos juntos a Trysil, en Noruega. Los días en las pistas, la alegría en los ojos de los niños, Axel haciendo el payaso con los esquís y haciendo reír a todo el mundo, el almuerzo que llevaban preparado y que consumían en alguna cabaña de descanso, el chocolate caliente delante de la chimenea cuando llegaban a casa, jugar a las cartas por la noche toda la familia...

Contempló la terraza y su solitaria copa de vino, y se controló para mantener firme la voz.

—Y tú, ¿qué haces? —preguntó Olivia.

—Aquí sentada disfrutando de las vistas —dijo Lisa haciendo un esfuerzo por sonar satisfecha—. Esto es maravilloso, tenemos casi veinte grados.

—Qué bien. ¿Y cómo vas a celebrar el Fin de Año?

Lisa dudó un segundo. No quería decirle la verdad, no quería darles a Axel y a Elaine la imagen de una mujer sola y rechazada, por auténtica que fuera esa imagen.

—Voy a cenar con un grupo de amigos en el restaurante del pueblo —mintió—. Se puede comer fuera, ¿sabes?, y luego habrá fuegos artificiales y fiesta en la plaza.

—Vaya, qué bien —dijo Olivia. Lisa oyó que la llamaban—. Tengo que irme, vamos a la sauna. Bueno, un beso, mamá. Victor y los demás te mandan muchos recuerdos. Pásalo bien esta noche, y buen final de año.

Lisa se despidió y colgó con una sensación de abismo en el pecho. «Buen final», pensó. Más o menos como si la vida terminara con las doce campanadas. «Que tengas un buen final en medio de tu soledad.»

Pensar en sus hijos sentados en la sauna con el hombre que era el amor de su vida y la joven novia que se había buscado le provocaba náuseas. Era una tortura oír la alegría en las voces que sonaban de fondo. Axel había mantenido el contexto familiar; lo único que hizo fue sustituirla a ella.

NO HABÍA NADIE más en la carretera. Las luces largas solo iluminaban los abetos más próximos en el denso bosque que se extendía a ambos lados del coche. No había forma de saber lo que esperaba más allá. Era como una tierra de nadie de color negro, lejos de la civilización, carente de vida humana. Un universo en sí, helado, silencioso.

Fui conduciendo despacio, giré para entrar en un claro del bosque y apagué el motor. Se hizo un silencio absoluto.

El frío helador de la tarde me sorprendió cuando salí del coche, y empecé a toser en cuanto el aire me llenó los pulmones. Mierda. Me cubrí la boca con la manga y traté de hacer el menor ruido posible, por si alguien, contra todo pronóstico, anduviera por el bosque a esas horas. Encendí la linterna frontal y me la puse. Fui siguiendo con la vista la luz que recorría los abetos cubiertos de nieve. El bosque se extendía oscuro y denso a mi alrededor, como si estuviera tramando algo. Las estrellas brillaban como gélidos puntos relucientes en el negro cielo.

Sentía como si me estuvieran observando, como si me siguieran miles de ojos. A lo lejos se oía algún que otro estallido, como un presagio de lo que aguardaba.

Abrí el maletero y saqué lo que necesitaba llevarme, junto con los esquís y los bastones. Si iba bosque a través nadie me vería llegar. Nadie alcanzaría a percatarse de lo que estaba ocurriendo.

Me ajusté los esquís y entré en el carril. El solitario haz de luz de la linterna frontal iluminaba el camino.

Los esquís avanzaban deslizándose por las huellas que habían dejado las motos mientras yo respiraba despacio según me iba impulsando con los bastones en la nieve. El cuerpo respondía, era fuerte, tenía el control.

Esa certeza me empujaba a avanzar a través de la oscuridad, a través del bosque, adentrándome en la noche.

APENAS FALTABA UNA hora para que terminara el año.

La esfera de la luna llena descansaba sobre el bosque y arrancaba destellos a la nieve bajo su pálido resplandor.

La granja estaba algo aislada, no había otros edificios cerca y todo estaba en silencio, tranquilo, helado. Pero en el interior de la casa se divisaba una luz cálida y acogedora. Había velas encendidas en las ventanas y en la chimenea aún ardía el fuego.

La bañera caldeada con leña se encontraba a unos metros de la casa, con vistas al paisaje nevado y al espeso bosque que, en medio de la oscuridad, solo podía intuirse.

Ulrik se despojó del albornoz. El contraste entre el aire gélido y el agua ardiente hizo que el cuerpo se le tensara al máximo antes de poder relajarse poco a poco. Empezó a exhalar el aire despacio. Aquello era justo lo que necesitaba. Desconectar, disfrutar, pensar en otra cosa. Dejar que su atormentado cerebro se olvidara de toda la basura, aunque solo fuera por un momento. Toda aquella basura que arrastraba y de la que no se vería libre jamás. Había muchas cosas que Laura ignoraba de él, pensó. Pero no podía compartirlo todo con ella. Había secretos que jamás podría compartir con nadie.

Laura soltó un grito mezcla de temor y entusiasmo cuando su piel entró en contacto con la humeante superficie del agua. Ulrik la miró. Era estupendo estar allí a solas con ella, él y ella en la clara noche silenciosa. Como si fueran los últimos seres

vivos del planeta, y como si nada más en el mundo tuviera importancia, ni el ahora ni el pasado.

La nieve envolvía el entorno en un grato silencio, solo una lechuza se oía ulular a lo lejos. ¿No decían que ese sonido solía ser un presagio? Las antorchas ardían a su alrededor en la nieve, y el resplandor de la luna que iluminaba el paisaje invernal resultaba casi fantasmagórico.

—Qué luna más rara... —dijo Laura, como si le hubiera leído el pensamiento, y señaló al cielo—. ¿La ves?

—Sí, es increíble —aseguró Ulrik—. No recuerdo haber visto una luna llena igual en una noche de Fin de Año.

—¿Tú crees que significará algo? —Le hizo un guiño—. Suerte, quizá.

—Suerte para nosotros, en el mejor de los casos —respondió él, pero sintió el vacío que lo embargaba—. Eso espero.

Laura se abandonó en su regazo y se besaron. Entrelazaron las piernas y se dieron la mano.

Apoyó la cabeza en su pecho. Tenía algo que la hacía sentirse segura. Él sintió el impulso de contarle más de su vida. Tal vez pudiera desprenderse de todo lo pasado, olvidar y seguir como si nada hubiera ocurrido, si conseguía compartir la carga... Tal vez fuera posible junto a Laura...

Hasta el momento le había mencionado el divorcio de pasada, pero ahora tomó la palabra y empezó a contárselo todo.

Fue él quien tomó la iniciativa de separarse. Sandra no quería aceptar que lo suyo se había terminado. No fue una ruptura fácil, pero Ulrik no veía otra salida. No soportaba ya su necesidad de control, su suspicacia y sus celos. Cuando por fin se lo dijo, estaba resuelto, llevaba tiempo procesando la idea.

Ya había pasado un año de la separación, y aún no habían terminado de hacer el reparto de sus propiedades. Cuando Ulrik tomó la decisión de trabajar a distancia y mudarse al apartamento que la familia tenía en España, fue una forma de huir, y lo sabía.

—De todos modos, voy a casa una vez al mes para ver a los chicos. Espero que sea suficiente... Hice todo lo que pude, pero a veces me pregunto...

Laura lo miró a la cara cuando él guardó silencio y le acarició la mejilla.

—Hiciste lo que te pareció que necesitabas. A veces no tenemos elección.

Ulrik atrajo el cuerpo desnudo de Laura hacia sí.

—¿Y tú? —le preguntó—. ¿Cómo has vivido tú este año?

Ella se retorció incómoda con la tensión reflejada en la cara.

—Bueno... —Tardó un instante en responder—. Yo también he roto una relación de mucho tiempo. No tan larga como la tuya, pero ha sido duro de todos modos.

Guardó silencio con la mirada inquieta. Era obvio que no quería decir nada más al respecto. Aquello había ocurrido un par de veces más, cuando había surgido el tema de su pasado. Ella le decía que quería mirar al futuro y dejar atrás lo sucedido. Y, en realidad, eso era justo lo que quería él también. Olvidar y seguir adelante.

Alzó la copa, invitándola a un brindis.

—Estamos aquí y ahora, eso es lo que cuenta.

A Laura se le iluminó la cara; parecía aliviada.

—Tienes razón. Vamos a celebrar que es Fin de Año. —Alzó la copa y sonrió—. ¡Salud!

—Apenas faltan unos minutos —dijo Ulrik brindando con ella.

Sintió cómo Laura se ponía rígida entre sus brazos.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó en voz baja a la vez que señalaba el cobertizo al otro lado de la explanada, a duras penas iluminado por un viejo farol del establo que colgaba de la pared.

—¿El qué?

—¿No lo has oído? —susurró—. Hay algo allí, en aquella esquina.

Se acercó a él más aún.

—Será un zorro que anda por ahí —respondió Ulrik—. No es peligroso. —Alargó el brazo en busca de la botella de champán que estaba hundida en la nieve—. Toma, bebe un poco más, las copas tienen que estar llenas para cuando den las doce.

—De acuerdo —dijo Laura, pero lanzando al mismo tiempo otra mirada temerosa al oscuro rincón.

Volvió a oírse un crujido.

—Espera —le pidió ella—. Escucha.

Algo estaba moviéndose por allí, en la espesa nieve, era evidente. Ulrik sintió que se le tensaba el cuerpo. Deslizó la mirada por el bosque, las ondulantes llanuras que rodeaban la antigua granja, la nieve intacta, el estrecho camino helado por el que no habían visto pasar un solo coche. ¿Sería un animal salvaje? Decían que hacía poco habían visto a un lobo por la zona, lo cual era insólito. Y ahí estaban ellos dos, sentados en la tina, desnudos y desvalidos.

Miró el reloj. Faltaban dos minutos para las doce campanadas. Los fuegos artificiales espantarían a cualquier animal, que huiría hacia el bosque.

Y ya no pudo seguir razonando. Un golpe sordo, alguien que arañaba la pared del cobertizo.

—Eso no parece un animal —susurró Laura asustada.

—Chist —dijo Ulrik, y se llevó un dedo a los labios.

Se quedaron sentados en absoluto silencio, inmóviles y escuchando con atención unos segundos. Y entonces, de pronto, se oyó un tableteo, y alguien que tosía.

Ulrik se levantó de pronto de la tina.

—¿Hay alguien ahí? —preguntó en voz alta—. ¿Qué buscas?

Entonces apareció una figura que salió de la oscuridad y quedó en medio de la pálida luz invernal de la luna.

—Pero ¿qué demonios...? —gritó Ulrik.

Laura seguía sentada a su lado, petrificada.

La figura llevaba un objeto en la mano.

Un movimiento fugaz, un sonido agudo. Y un segundo después el cuerpo de Ulrik se sacudió de golpe. Un sollozo; luego, silencio. Ni un sonido surgió de sus labios, pero su cuerpo siguió estremeciéndose y chapoteando en el agua. La sangre cayó en un chorro dentro de la tina, y sobre el torso y la cara de Laura.

Ella soltó un grito, pero enseguida se oyó otro silbido. Luego resonó un chapoteo en el agua, antes de que todo quedara en silencio. El agua se serenó y se hizo la calma.

Volvió a oírse el ulular de la lechuza, justo antes de que los fuegos artificiales que daban la bienvenida al Año Nuevo estallaran surcando el negro cielo.

Era medianoche y empezaba el nuevo año.

HÉCTOR CORREA ESTABA en el balcón de su piso de la plaza de la Merced, en el corazón del casco antiguo de Málaga, contemplando el panorama. Los restaurantes, los bares y los cafés siempre estaban llenos de gente, y más aún la noche de Fin de Año. Los españoles tenían la costumbre de salir esa noche, en lugar de quedarse en casa con la familia y los amigos. Por su condición de policía, esperaba con todas sus fuerzas que no hubiera demasiado jaleo. Habían tenido muchísimo que hacer en Homicidios las últimas semanas, y necesitaba un poco de tranquilidad.

Había decidido recibir el año en soledad, a pesar de que sus hijos trataron de convencerlo para que se quedara en la casa de su hija Marisol, a las afueras de Málaga, junto a ellos y sus nietos.

Y sí, claro que apreciaba sus desvelos. Habían disfrutado de un largo almuerzo de final de año que había durado hasta las seis de la tarde. Las barbacoas se llenaron primero de marisco. Héctor cerró los ojos al recordar el aroma de los langostinos en la parrilla, de las gambas al ajillo y al limón, acompañadas de un cava bien frío, que disfrutaron sentados bajo el gran eucalipto del jardín. Después del marisco venían las chuletillas de cordero con hierbas aromáticas, zanahorias y patatas y pan de ajo, regado con un buen rioja. De postre tomaron turrón.

Lo habían pasado de maravilla durante la comida. Marisol y su hermano Adrián estuvieron chinchándose y discutiendo de

broma con el cariño de siempre. Rara vez se había producido algún conflicto entre los hermanos; al contrario, siempre lo pasaban bien juntos. A pesar de que los dos tenían ya más de treinta años, nunca dejaban de jugar a perseguirse, pelear y hacerse rabiar mutuamente. No se llevaban más de catorce meses y eran como mellizos. A veces salían a cenar los dos solos, y las dos familias iban juntas a la playa o de excursión. Ambos cursaron sus estudios universitarios al mismo tiempo. Adrián era ayudante de la fiscalía y Marisol iba camino de convertirse en policía, igual que su padre.

Héctor estaba orgulloso de ellos. Le habría gustado que Carmen hubiera podido verlos. Los dos felices con sus parejas y, además, con descendencia. Adrián tenía dos hijos: José Luis, que tenía seis años, y Hugo, de cinco. Pons, el pequeño de Marisol, tenía cinco años también, y su hermana Leticia acababa de cumplir tres.

Había un gran alboroto alrededor de la mesa y, para alegría de los niños, habían lanzado varios cohetes desde la parcela cuando se puso el sol. Luego, Héctor se despidió y se marchó a casa.

Acababa de servirse una copa del cava favorito de Carmen y suyo, como siempre hacía en la noche de Fin de Año. Desde que ella murió de cáncer con tan solo cincuenta años, siempre quiso estar solo para las doce campanadas. Sentía que era una forma de honrar su memoria.

Se apoyó en la barandilla del balcón y pensó en todos los fines de año que Carmen y él habían celebrado juntos. ¿Acaso iba a celebrar esa festividad él solo el resto de su vida?

Giró la cabeza al oír que se abría la puerta del balcón de los vecinos, una familia sueco-americana que se había mudado no hacía más de un mes. En el umbral apareció el marido, Sam. Era calvo y de baja estatura, y llevaba unas gafas cuadradas y un jersey de cuello alto. Héctor calculaba que sería diez años más

joven que él, en torno a los cuarenta y cinco. Llevaba varias copas de champán y un racimo de uvas en las manos.

—Buenas noches —saludó el americano—. Supongo que podemos desearle feliz Año Nuevo, aunque aún falte un poco.

Sam hablaba español a la perfección y solo tenía un poco de acento. Impresionante, pensaba Héctor, sobre todo, siendo americano, cuyos nativos no tienen fama de dominar lenguas extranjeras. Tampoco los españoles, por cierto.

—Buenas noches —respondió Héctor—. Feliz Año Nuevo.

—¿Qué tal? ¿Es que estás solo? —preguntó Sam, y miró detrás de la espalda de Héctor, hacia el interior del piso, como esperando que hubiera allí más personas.

—Sí —dijo—. Estoy solo.

Sonrió a medias.

—No es la peor compañía que se puede tener —respondió Sam—. Yo también estoy solo. Hemos celebrado la Navidad en Suecia con la familia de mi mujer, y ella y los niños se han quedado allí, pero yo tuve que volver porque tengo una exposición que se inaugura pasado mañana. No había vuelos el día de Año Nuevo, así que... —Hizo una mueca y se encogió de hombros—. ¿Quieres una copa de champán? Es un Dom Pérignon, no hay otro mejor.

Héctor aceptó, apuró el último trago de cava y le acercó la copa. Los dos hombres brindaron, el champán era delicioso, tenía la temperatura perfecta y una sabrosa acidez mineral.

—¿De qué exposición se trata? —preguntó Héctor.

—Resulta que soy director del *Museum of Failure* —aclaró Sam.

—¿El museo del fracaso? —preguntó Héctor sorprendido—. ¿Y qué es lo que exponéis allí?

Sam se echó a reír.

—Todos los fracasos que te puedas imaginar. Productos que nunca vendieron, cosas que salieron mal. —Echó una ojeada al

reloj—. Si quieres te cuento más en otro momento, ya falta muy poco para las doce. —Se dio media vuelta y se sirvió un gran racimo de uvas—. ¿Tienes uvas?

Héctor negó con un gesto. Lo de comerse doce uvas con las doce campanadas era un ritual, sí, pero él llevaba tiempo sin seguirlo.

Héctor observó a Sam mientras este preparaba dos copas de champán con doce uvas cada una, aceptó la que le ofrecía y se encontró con la mirada traviesa de su vecino.

—Muy bien, ¿estás listo? —preguntó Sam—. Solo falta un minuto.

El campanario de la catedral empezó a sonar y en la plaza se hizo el silencio, pues todos estaban ocupados comiéndose las uvas. A los dos les costaba contener la risa mientras, cada uno en su balcón, trataban de tragar a toda prisa al ritmo de las campanadas.

De pronto, Héctor tomó conciencia de lo que estaba haciendo. Por primera vez desde que murió Carmen, tenía compañía durante las campanadas. Y estaba comiéndose las uvas. Lo atravesó una grata sensación de felicidad, y también de alivio.

Un segundo después de tragarse la última uva, y con la última campanada, estalló el júbilo en la plaza, sobre la que llovían los coloridos fuegos artificiales desde el cielo estrellado.